("~~El Liberal~~", ~~Madrid~~ ~~24~~ agosto 1922)
"El Mercantil Valenciano," Valencia 27

CASA MUSEO UNAMUNO

8-39

¡COMO DIOS QUIERA!

La frase que generalmente se atribuye a Luis XIV — un Borbón, encarnación del absolutismo francés como Felipe II, un Habsburgo, lo fué del español, — la frase de «el Estado soy yo», parece que así, aforísticamente, no la pronunció. Pero iba implícita en muchas de sus declaraciones. «La voluntad de Dios es que quienquiera haya nacido súbdito obedezca sin discernimiento» — decía en sus «Memorias para la instrucción del Delfín». — Y Bossuet, su teólogo, que «el príncipe es un personaje público; todo el Estado está en él». Por eso el duque de Saint Simón, el rencoroso maldiciente, aseguraba del gran rey que «sin el temor del diablo que Dios le dejó hasta en sus mayores desórdenes, se habría hecho adorar y habría encontrado adoradores».

Lo peor del Borbón francés absolutista fué su política internacional. A pesar de las espectaculosas y casi deportivas victorias del gran Turena, de Condé, de Luxemburgo, de Catinat, tuvo que firmar los Tratados de Ryswick y ser en realidad vencido por el tozudo Guillermo III, el de Orange, el calvinista.

Soberanos como Luis XIV, el Borbón de Francia, o como Felipe II, el Habsburgo de España, no nos parecen posibles ya hoy. Guillermo II, el ex kaiser, era de otra laya. Y eso que guardó respecto a Bismarck una posición análoga a la de Luis XIV respecto a Mazarino. O aún mejor a la política de Richelieu.

El tipo del soberano constitucional, que bajo su constitucionalismo oculta y vela una acción personal, nos lo ha ofrecido Eduardo VII de Inglaterra, el que fué durante casi toda su vida príncipe de Gales. Eduardo VII era una especie de embajador secreto de su reino. En los problemas internacionales gobernaba, aun sin reinar. Y gobernaba de un modo clandestino. A la antigua fórmula de «el rey reina, pero no gobierna», pudo haber sustituído esta otra: «El rey gobierna, aunque no reine». Y para un rey gobernar sin reinar, es gobernar clandestinamente.

Se dice que Eduardo VII, gran deportista — aunque aquí estaría mejor decirlo en inglés: «sportsman», — elegante y hombre de moda, ocultaba bajo estas apariencias un sagaz diplomático y era un agente, hasta un comisionista, del Reino Unido de la Gran Bretaña. Dícese que en sus partidas de placer, en sus excursiones de turista, fué tejiendo la red con que había de aislar a Alemania. Hay quien asegura que él, más que nadie, preparó la última catástrofe europea. Y la preparó tomando por una de las principales bases la cuestión de Marruecos, clave del problema del Mediterráneo. Y todos los españoles que tengan memoria histórica — ¿cuántos? — recordarán la visita de Eduardo VII a Cartagena, donde se entrevistó con nuestro rey.

La admiración hacia Felipe II, el Habsburgo de España, y hacia Luis XIV, el Borbón de Francia, soberanos que reinaron gobernando y gobernaron reinando, para quienes reinar era gobernar, esa admiración no sería hoy tan peligrosa con un soberano como lo sería la admiración hacia Eduardo VII de Inglaterra, el rey deportivo, el que gobernaba y gobernaba en secreto, sin reinar; el que se ausentaba de su patria para ir tejiendo hilos de diplomacia. Esta sería una admiración fatídica.

Terrible cosa son los que se han llamado reyes holgazanes y que le inspiraban horror a Luis XIV; pero no son cosa menos terrible los que hacen holgazanes a quienes les sirven y ministran. Y una forma de holgazanería la da la interinidad. El que se siente interino, el que obra bajo el deprimente sentimiento de la interinidad, el que sabe que no ha de poder llevar a colmo un plan cualquiera que exija cierto tiempo de desarrollo, éste para indefectiblemente en holgazán. Está siempre en vacaciones, en imperiosas vacaciones; para él todo el año es canícula.

Eduardo VII, el que gobernó sin reinar, el agente diplomático secreto de su propio reino, fué acaso el que nos amasó este complicado pastel del protectorado sobre el sultanato de Marruecos y el nudo gordiano de Tánger que cuelga de él. El rey «sportsman», que por jugar con todo quiso jugar también con las famosas llaves del Estrecho, fué el que metió al reino de España en ese, no ya estrecho, sino golfo de la cuestión de Marruecos. O estrecho como el legendario entre Escila y Caribdis. Y le puso a España entre la espada y la pared.

¿Cómo saldrá España, la nación española — la nación y no el reino, España y no su dinastía borbónica habsburgiana — de esta fatídica apretura? ¡Como Dios quiera! Y en el católico lenguaje español decir de algo que ha salido como Dios quiere, suele querer decir que ha salido mal. Y saldrá como Dios quiera, porque los hombres no saben querer, porque los interinos son holgazanes, y los holgazanes no saben querer. ¿Para qué formarse una idea de lo que puede ser, verbigracia, el protectorado, si uno no ha de implantarlo? Toda la sal de la mollera se les consume a nuestros ministros en la Corona en preparar su sustitución en el Consejo, en establecer el turno. Y así se da la paradoja de que sea el presidente de ese Consejo el que reine sin gobernar. Su mayor cuidado preparar su sucesor.

Miguel de UNAMUNO.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES